

José Soto Chica

IMPERIOS Y BÁRBAROS

LA GUERRA EN LA EDAD OSCURA

5.^a
Edición
Revisada



La batalla de Guadalete o de los montes Transductinos

Esta batalla, probablemente la que más condicionó la historia de la península ibérica, ha sido una de las menos estudiadas y de las peor comprendidas. Hasta el punto de que su ubicación tradicional, Guadalete, no solo está desligada por completo de los datos y noticias que aportan las fuentes primarias, sino que contradice todo lo que sabemos acerca de la campaña de Táriq y de la forma de combatir de los ejércitos árabes y visigodos del periodo. De hecho, desde el siglo XIX estaba claro para la mayoría de los estudiosos que ubicar la gran batalla en Guadalete era un disparate y solo el prestigio y empeño de don Claudio Sánchez-Albornoz permitieron que, pese a todas las pruebas y evidencias en contra, Guadalete se consolidara como el lugar en el que, supuestamente, batallaron Táriq y Rodrigo. Hipótesis que, ya en la primera edición de este libro, en octubre de 2019, desafiamos al señalar que el lugar donde, con casi toda seguridad, se entabló el mortal duelo entre visigodos y omeyas fue al pie del cerro de Torrejosa, en los campos que, desde sus empinadas laderas, iban a precipitarse a las embarradas orillas de la hoy desaparecida laguna de la Janda.

Pues bien, en septiembre de 2023, tras cuatro años de trabajo, y en el marco de un ambicioso proyecto de investigación abordado por un equipo multidisciplinar, se dio luz a dos artículos publicados en *Atenea*, la revista de la Asociación Española de Historia Militar, en los que se aportan multitud de nuevas pruebas y evidencias que consolidan y precisan la hipótesis antes señalada. Y es que, aunque pueda parecer increíble, la historiografía hispana desatendía por completo los datos geográficos y militares que ofrecían las fuentes primarias en favor de análisis puramente filológicos. Peor aún, se relegaba al olvido lo que acerca de la batalla y de la campaña ofrecía la única fuente contemporánea que nos narra el encuentro, la llamada *Crónica mozárabe de 754*, en favor de fuentes árabes y castellanas mucho más tardías que, en el mejor de los casos, fueron escritas ciento cincuenta años después de la batalla y, en el peor, tres, cuatro y hasta nueve siglos más tarde. El resultado fue una reconstrucción de la batalla desligada por completo de las realidades físicas, logísticas y tácticas del encuentro.

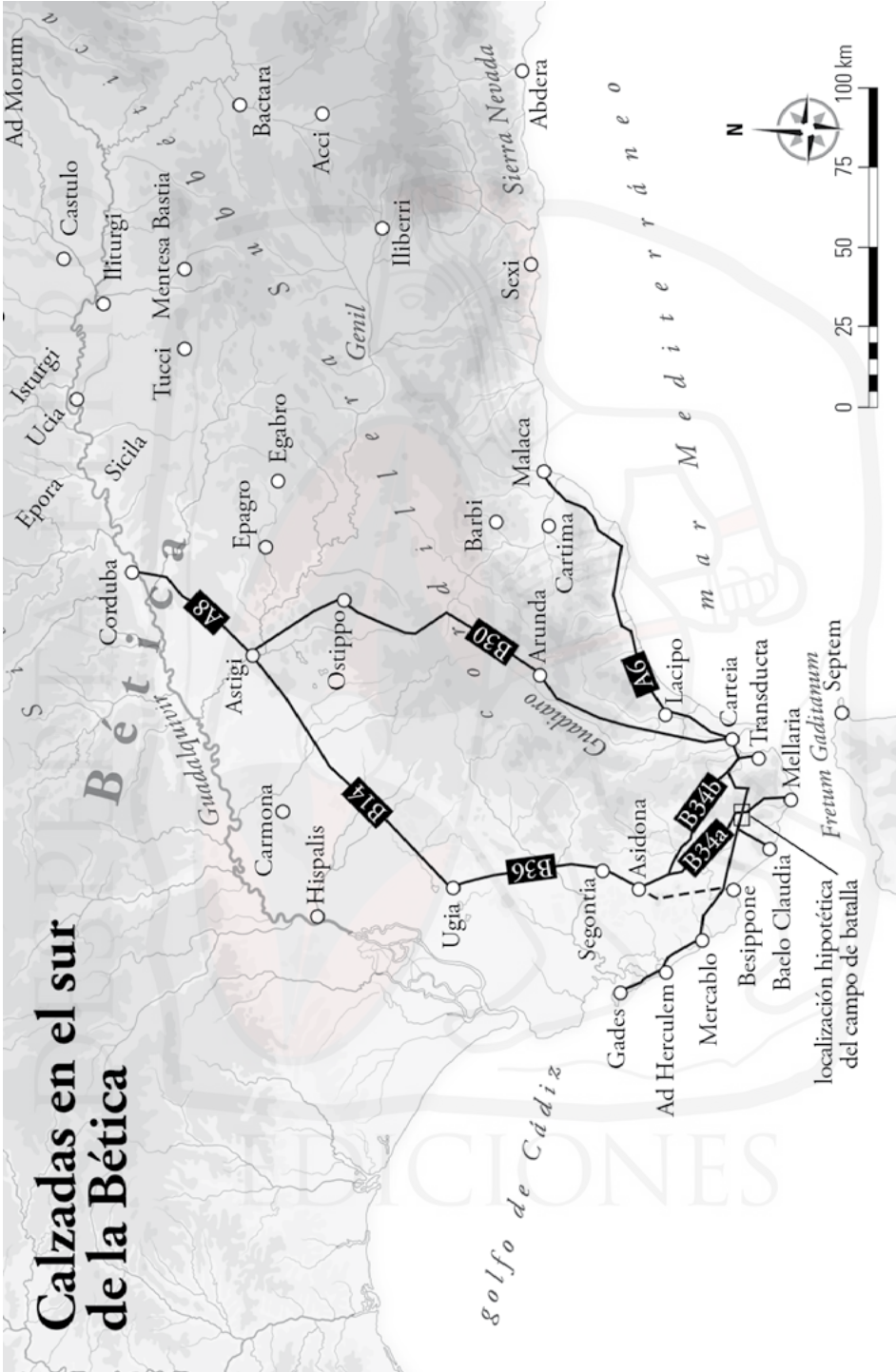
¿Qué nos dice entonces la única fuente contemporánea de los hechos que nos relata el combate? Pues nos aporta un dato geográfico concreto y explícito acerca del lugar donde se entabló batalla: «Transductinis Promonturiis sese cum ei conflingendo recepit eoque prelio fugatum omnem gothonun exercitum, qui cum eo emulanter fraudulenterque obambitionem regnia duenerant, cecidit».²⁸ Esto es: «Se fue –Rodrigo– a las montañas Transductinas para luchar contra ellos –los musulmanes– y cayó en esta batalla al fugarse todo el ejército godo que por rivalidad y dolosamente había ido con él solo por la ambición del reino».

La información clave es «Transductinis Promonturiis», Montañas Transductinas. Es decir, «de Transducta». Ahora bien, «Transducta» es la forma tardía de «Iulia Traducta», la actual Algeciras. Así queda acreditado en el llamado *Anónimo* o *Cosmógrafo de Rávena*, que escribía hacia 670, que menciona por tres veces a Algeciras, una de ellas como «Traducta» y dos con la variante usada en su época: «Transducta», porque era esta última la forma habitual a finales del siglo VII y en la primera parte del VIII, puesto que el anónimo de la *mozárabe* también recoge por dos veces el topónimo en su variante de montañas Transductinas.²⁹

Ya Mommsen y Sánchez-Albornoz convinieron en que los «Transductinis Promonturiis» solo podían ser las sierras que cierran por el interior la bahía de Algeciras. Pese a ello, Sánchez-Albornoz se empeñó en llevar el lugar de la batalla al río Guadalete,³⁰ esto es, a unos 100 km de Algeciras y a unos 60 del punto más cercano al Guadalete de las serranías que circundan la bahía de Algeciras y que, como veremos a continuación, podemos identificar como los «Transductinis Promonturiis» del cronista de la *mozárabe*.

Sin embargo, a pesar de la clara relación entre las Montañas Transductinas y Transducta/Algeciras, no faltan los investigadores que se empeñan en sortearla. Así, en 2011 y 2020, Gozalbes Cravioto y Beneroso Santos³¹ propusieron identificar los «Transductinis Promonturiis» de la *mozárabe* con el peñón de Gibraltar o, al menos, incluir este último en tales montes y, a partir de esa identificación, buscar el lugar de la batalla en el entorno de la bahía de Algeciras, más en concreto en el río Guadarranque. Pero esto es algo de todo punto imposible, pues así lo requiere hasta la coherencia interna de la *Crónica mozárabe*, ya que el anónimo autor menciona, englobándolo con su nombre clásico, al peñón de Gibraltar como «Columnas Herculis» y ello en el contexto de su narración de la travesía del estrecho de Gibraltar, «Gaditanum Fretum», afrontada por Musa ibn Nusair en el otoño de 711, con lo que queda claramente diferenciado de «Transductinis Promonturiis». Además, esta denominación de «Columnas Herculis» seguía siendo la usual en la época, ya que también el *Anónimo de Rávena*, escrito hacia 670, engloba a Calpe/Gibraltar con ese nombre, como también lo hizo el autor de las *Notitiae Graecorum Episcopatum*, escritas hacia 665.³²

Además, si el autor de la *mozárabe* hubiera pretendido designar al peñón de Gibraltar con el topónimo «Transductinis Promonturiis» hubiera usado un singular, por ejemplo «promontorio Transductino» y no un plural; y, si todo lo anterior no bastase, estaría el hecho incontestable de que la *Crónica mozárabe* de 754, al narrarnos cómo en 740 el valí de al-Ándalus despachó un ejército contra los rebeldes bereberes que acababan de tomar Tánger, deja bien claro que había que cruzar los «Transductinis Promonturiis», las Montañas Transductinas, para llegar a Algeciras desde el interior y, sobre todo, si se venía desde Córdoba. Algo totalmente imposible si los «Transductinis Promonturiis» tuvieran algo que ver con el peñón de Gibraltar.³³



Por tanto, los «Transductinis Promonturiis» solo pueden ser las actuales sierras del Cabrito, del Algarrobo, de Ojén, de Algeciras, Saladavieja, Torrejosa, del Bugeo, Sierra Luna, del Niño, Blanquilla, Montecoche, Sierra Arca y Sierra Carbonera. Sierras que, como hemos visto en el pasaje antes citado de la *Crónica mozárabe*, habían de atravesarse para llegar a Algeciras y, puesto que las calzadas en uso en la época cruzaban las Montañas Transductinas en tres puntos distintos para ir a parar a Algeciras, base de Táriq, y dado que sabemos que Rodrigo avanzaba desde Córdoba al encuentro del ejército invasor y que el choque tuvo lugar al pie de los montes Transductinos, la lógica señala que la batalla tuvo que tener lugar allí donde la ruta que comunicara Córdoba con Algeciras se adentraba en las serranías Transductinas.

Ahora bien, el atento estudio de las calzadas aún transitables a principios del siglo VIII reveló que solo una, a la que se ha denominado B34a, pudo ser la que Táriq y Rodrigo transitaran en sus respectivos y contrapuestos avances.³⁴ Esta ruta, que enlazaba con la A6 del *Itinerario de Antonino*, después de cruzar el río Almodóvar hacia la orilla norte por el vado conocido como Pasada del Mojón, seguía luego el Arroyo del Bugones —entre el Cortijo del Pedregoso y el imponente cerro de Torrejosa, atalaya que domina La Janda y todos los caminos de la comarca—, y se encontraba allí con los «Transductinis Promonturiis», para progresar a continuación por la margen derecha del Almodóvar, trasponer el puerto de Ojén —que separa las cuencas de los ríos Barbate y Palmones— y llegar cerca del Cortijo de Ojén y torcer a la izquierda, siguiendo entonces el itinerario que, siglos más tarde, describió al-Idrisi y que, al bajar por lo que hoy se conoce como garganta del Tiradero, iba en dirección a Los Barrios para girar luego hacia Algeciras y alcanzar allí su puerto. Este itinerario sería, desde el siglo IV y hasta la Baja Edad Media, la ruta principal que comunicaría Algeciras con Sevilla y que, enlazando por Medina Sidonia con la B36 y por esta con la B14, llegaba a la A8 del *Itinerario de Antonino*, hasta terminar en Córdoba.³⁵

Bien, se nos podrá decir, pero ¿por qué descartar la calzada denominada B30 y que trasponía igualmente los montes Transductinos, comunicando Carteya con el valle del Guadiaro y, a su través, también con Córdoba?³⁶ y es que, puesto que sabemos que Rodrigo partió de Córdoba para enfrentarse a Táriq,³⁷ esta hubiera sido, quizá, la ruta más corta y, por tanto, la que, en buena lógica, podría haber tomado. Sin embargo, no fue así y los textos árabes lo dejan meridianamente claro: al-Hakam, que escribió hacia 860 y que, por ello, es la fuente árabe más próxima a los acontecimientos, nos dice en su primera narración de la batalla que Táriq pasó de Gibraltar a Carteya y a continuación, y desde esta, a Algeciras. El texto de al-Hakam dice en árabe:

«[...] ةيرق ىل لبجل ا نم ةرطنق ىل ع مباحص اب كل سف قراط هجوت و [...] اب فل خف رحبل ا ىف ةريز جب رمف هبطرق ديرى فحز و هنج اطرق اهل لاقى ىمست ذىموي ةريز جلا كلتف هنج نم رفن اه عم و ميكح ما اهل لاقى هل ةيراج
«ميكح ما ةريز ج».³⁸

Esto es: «Táriq se puso en marcha. Pasó un puente que llevaba de la montaña –Gibraltar– a una población llamada Cartayana/Carteya. Siguiendo la dirección a Córdoba, pasó cerca de una isla en la cual dejó a su joven esclava Umm Hakim con algunos de sus guerreros. Esta isla, desde entonces, se conoce por el nombre de Yazirat Umm Hakim». ³⁹ No hay duda de que esta isla es la isla verde del puerto de Algeciras. ⁴⁰ ¿Qué nos está diciendo entonces al-Hakam? Que para ir de Carteia/Carteya a Transducta/Algeciras había que tomar la calzada que llevaba a Córdoba. Dicho de otro modo: la B30, el antiguo itinerario principal que llevaba de Carteia y el Estrecho a Córdoba estaba o bien en desuso o bien no era apto para el avance de un ejército que temiera las acechanzas de otro.

De modo que el camino principal, el que prefirieron para sus respectivos y contrapuestos avances Táriq y Rodrigo, era el que conectaba Algeciras con las cercanías del cerro de Torrejosa para enlazar allí con la ruta que iba a Medina Sidonia. Una ruta, la B34a, que era el recorrido habitual de los ejércitos que avanzaban desde Transducta/Algeciras y el Estrecho hacia el interior por Asidona/Medina Sidonia hasta Corduba/Córdoba, como demuestran los testimonios reiterados de las fuentes para los hechos acontecidos entre 711 y 742. Por ejemplo, ya hemos visto más arriba que al-Hakam –la fuente árabe más temprana de cuantas nos han llegado– lo aclaraba por completo al especificar que, si uno venía de Gibraltar y Carteya, para ir en «dirección a Córdoba» debía pasar por Algeciras y seguir desde ella en dirección a Medina Sidonia, ⁴¹ mientras que el *Ajbar machmú'a* o *Ajbar maimu'a* nos dice que Táriq desembarcó en Gibraltar y que, al enterarse de que Rodrigo marchaba contra él, escribió a Musa ibn Nusair para pedirle refuerzos y comunicarle que «se había hecho dueño de Algeciras y del lago». Tras recibir refuerzos, Táriq, que «había permanecido en Algeciras, en un lugar llamado el lago», combatió contra Rodrigo, que había avanzado hasta aquel lugar. Tras la batalla, nos sigue diciendo el *Ajbar machmú'a*, Táriq cruzó «la angostura de Algeciras» y progresó hasta Écija y alcanzó Córdoba. ⁴² El *Fath al-Andalus* afianza y completa lo dicho por el *Ajbar* y aclara que, en su camino a Écija, Táriq pasó primero por Asidona/Medina Sidonia; y lo mismo, ya lo hemos visto, dicen, entre otras fuentes árabes, el fiable Ibn al-Sabbat y el erudito al-Maqqari. ⁴³ Por tanto, como vemos, los movimientos de Táriq y Rodrigo aquí descritos, con arreglo a los testimonios coincidentes de cinco fuentes árabes, solo se pueden explicar si los contingentes implicados usaron la ruta señalada: Transducta-Asidona-Astigi-Corduba. ⁴⁴

¿Más testimonios? En 712, cuando las fuentes árabes sitúan la llegada de Musa ibn Nusair a Hispania, se nos dice que, tras completar la travesía del Estrecho, desembarcó en Transducta/Algeciras, según narra al-Hakam, ⁴⁵ o, según otros, que al pasar a ella desde Carteia/Carteya fue a Córdoba desde Transducta/Algeciras y no desde Carteia. Evidentemente, de haber tomado la ruta B30 en dirección norte desde Carteia no habría tenido que pasar por Transducta/Algeciras.

Incluso la noticia recogida por un contemporáneo de Táriq, Rodrigo y Musa, el cronista de la *mozárabe* de 754, confirma lo anterior al ofrecernos los hitos de la ruta seguida en 740 por el ejército del valí de al-Ándalus que marchaba al Estrecho para pasar a Tánger y sofocar la rebelión bereber: Zaragoza, lugar donde, a la sazón, se hallaba el citado ejército del valí, Toledo, Córdoba, montes Transductinos –recordemos que el cerro de Torrejosa, el puerto de Ojén y la zona de Los Barrios formaban parte de ellos– y Algeciras.⁴⁶ Es decir, y una vez más, esa ruta y no otra era la que tomaba un ejército que fuera de Córdoba al Estrecho o desde el Estrecho a Córdoba.

De hecho, en la primera mitad del siglo VIII, la ruta Algeciras-Córdoba era tan popular y tan evidente que, según nos testimonia el *Ajbar machmúa* al relatarnos la conquista de Córdoba por Mugit al-Rumi en 711, la Puerta Meridional de Córdoba, que en época del redactor del *Ajbar*, siglos X-XI, era conocida como «puerta de la estatua» o como «puerta del puente», en tiempos de la conquista, 711, era llamada por los godos «puerta de Algeciras», es decir y si restauramos el original latino tardío que debieron de encontrarse los árabes, «puerta de Transducta».⁴⁷

En definitiva, se puede establecer con bastante fiabilidad tanto la ruta de avance de don Rodrigo como la de Táriq hasta el campo de batalla, así como la de Táriq desde el lugar del encuentro a Asidona/Medina Sidonia y, desde ella, a Astigi/Écija y Corduba/Córdoba. Que dicha ruta fuera la que siguieron los contingentes que operaron en la zona durante los siguientes treinta y un años es algo para tener muy en cuenta y nos invita a buscar el campo de batalla entre hispanogodos y musulmanes en los campos que se extendían entre La Janda y el cerro de Torrejosa.

Porque no se puede dudar de que el lugar llamado «el lago», donde el *Ajbar*, el *Fath al-Andalus*, Ibn Idari, al-Maqqari y otras muchas fuentes árabes dicen que se dio la batalla, se corresponde con la antigua, y hoy desecada, laguna de la Janda, como tampoco se puede ya dudar, tal y como demostramos en el artículo publicado en septiembre de 2023 en la revista *Atenea*, de que el río que en algunas fuentes recibe el explicativo nombre de Wadi Lakko, esto es, «río del lago» o de Wadi al-Buhaira, «río de la laguna»,⁴⁸ solo puede corresponderse con el actual Almodóvar. Río y laguna que, como señalan también las fuentes árabes más cercanas a los hechos, estaban dominados por un monte desde el que Táriq contempló el avance de don Rodrigo y su ejército⁴⁹ desde Medina Sidonia: «جوت لب لاقى و» «لب جلا يف و مو قراطى لاقى ردل», nos dice con claridad el texto árabe de al-Hakam al respecto de una montaña que solo pudo ser el cerro de Torrejosa, a cuyos pies se cruzaban las calzadas y caminos que llevaban a Algeciras y Medina Sidonia y desde el cual, y a varios kilómetros de distancia, se podía observar el avance de una hueste que se aproximara desde esta última en dirección a Algeciras. Esta señalada característica que desempeña en la comarca la atalaya del cerro de Torrejosa quedó incluso registrada en el texto

latino de la *Passio Seruandi et Germani*, redactado en torno a los mismos años en que Táriq y Rodrigo libraban su batalla,⁵⁰ el cual, al respecto del monte de Torrejosa, nos dice: «Ad collem, ubi est sublimior locus, qui est circumiacentibus agris uelut in speculo constitutus». Esto es: «A un cerro, donde hay un lugar más elevado, que está colocado como en una atalaya para los campos vecinos».⁵¹

Como vemos, si ponemos en el centro la noticia dada por la única fuente contemporánea, que la batalla se dio en los «Transductinis Promonturiis»; si ubicamos correctamente estos últimos y a partir de esa información investigamos cuáles eran las rutas aptas para ejércitos que cruzaban dichos montes en dirección al Estrecho; y si concordamos todo eso con el resto de datos que nos aporta la propia *Crónica mozárabe* y las fuentes árabes más antiguas y seguras, todo se ordena y encaja.

No ha de ser, por tanto, en el Guadalete donde se debe buscar la batalla. El Guadalete desagua en la bahía o golfo de Cádiz y no en ningún lago y el lugar donde Sánchez-Albornoz y otros ubicaron la batalla, no lejos de Arcos de la Frontera, no se halla ni en la ruta que unía Córdoba con Algeciras ni, por supuesto, en el lago/laguna de la Janda, ni en los «Transductinis Promonturiis». Existen, además, poderosas razones militares para que el Guadalete no pudiera ser el lugar donde se libró la batalla. ¿De verdad se puede creer que un Táriq que no contaba con caballería digna de ese nombre iba a adentrarse tanto en territorio enemigo y exponerse a combatir en una amplísima llanura en la que toda la ventaja sería para un enemigo bien provisto de excelente caballería? ¿Qué lógica militar esgrimiría un Táriq que se alejara más de 100 km de Algeciras, su base logística y puerto de reembarque? Ir al Guadalete a plantear batalla no tenía ningún sentido, mientras que darla al pie del cerro de Torrejosa y en las cercanías de la laguna de la Janda cuadra con todo lo que nos dicen las fuentes árabes, con lo que sabemos de la forma de combatir de ambos ejércitos y con los movimientos previos que emprendieron, amén de coincidir con el testimonio de la única fuente contemporánea de los hechos.

Una batalla cuya reconstrucción no puede apartarse de los testimonios más antiguos y seguros. De hecho, y como ya señalara con acierto Roger Collins, no se puede hacer ninguna reconstrucción mínimamente honrada, desde el punto de vista historiográfico, de los sucesos de la invasión islámica del reino de Toledo sin poner en el centro a la *Crónica mozárabe* de 754 y, por ende, se debe rechazar cualquier otro testimonio más tardío y legendario que violente la parca, y por ello aún más creíble, relación que nos ofrece la *mozárabe*.

Seguiré el consejo del maestro Collins. A partir de las informaciones de la *Crónica mozárabe* de 754 podemos dibujar un cuadro general bastante sombrío de la situación del Reino de Toledo en los días previos a la invasión musulmana. Sequías, hambres, plagas y epidemias causaron profundos

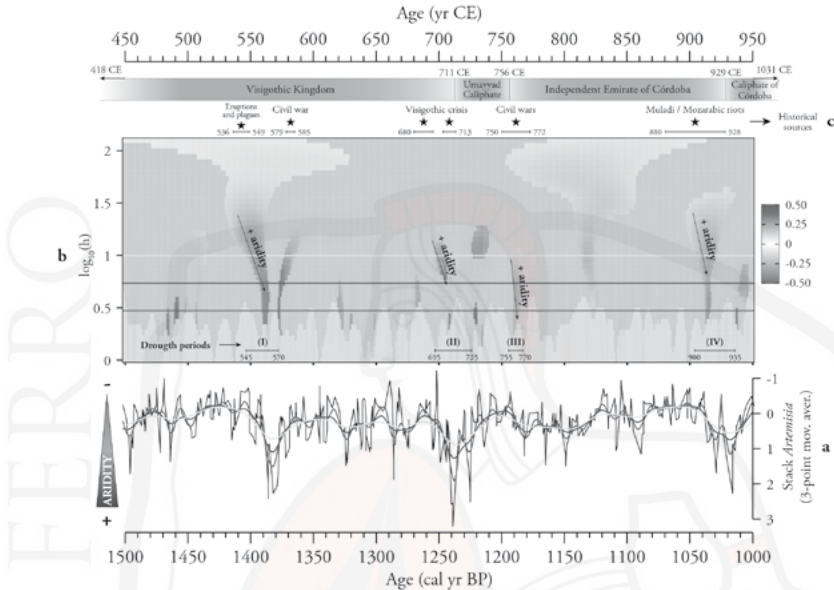


Gráfico que evidencia picos de aridez extrema en la península ibérica y el norte de África entre los siglos V y X. Obsérvese que a finales del siglo VII y principios del VIII se advierte uno de los más severos.

trastornos y quebrantos en los años finales del siglo VII y en los iniciales del VIII. De hecho, en un reciente estudio, publicado en septiembre de 2023 en la prestigiosa revista *Nature Communications*, hemos podido presentar los resultados obtenidos del análisis de 107 registros polínicos vinculados a plantas del género *Artemisia*, un grupo relacionado con la aridez y que señala un potente pico de sequía entre 690 y 725, aproximadamente. Estos datos, reforzados e integrados en una gráfica matemáticamente robusta con otros procedentes de cuevas, de la irradiación solar y de una NAO –Oscilación del Atlántico Norte– extraordinariamente positiva, al sumarse entre sí y añadir los testimonios de las fuentes de la época apuntan todos ellos en una misma dirección: una poderosa sequía que desarticuló las estructuras demográficas, sociales y económicas de la Hispania visigoda. Todo lo cual contribuye a explicar mejor el escenario de caos y conflicto interno que debilitó al Reino de Toledo y facilitó su conquista por parte de los ejércitos del califato omeya de Damasco.⁵² Las pruebas aportadas por el estudio que acabamos de citar refuerzan testimonios proporcionados por fuentes medievales como los del anónimo *Ajbar machmúa*, el cual afirmaba que, en los años inmediatamente anteriores al desembarco de Táriq ibn Ziyad, la mitad de la población de Hispania había perecido debido al azote del hambre y la peste. Azotes que, recordemos, también señalaba la *Crónica mozárabe* de 754.

A los desastres de la naturaleza se unieron los del hombre. El sistema godo de sucesión al trono, siempre conflictivo, se manifestó en toda su gravedad en el momento más inoportuno, puesto que los musulmanes ya estaban incursionando en el estrecho de Gibraltar y es probable que con más de un contingente saqueando la Bética desde la bahía de Algeciras. Cuando Witiza murió, en los primeros días de 710, Rodrigo, duque de la Bética, reclamó la corona. La *Crónica mozárabe* de 754 no deja lugar a dudas de que Rodrigo actuó de forma ilícita y de que su acción quebró cualquier resto de unidad en el Reino de Toledo, lo que provocó al instante luchas intestinas y guerras civiles que siguieron en plena efervescencia y con toda crudeza antes y después de la derrota y muerte de Rodrigo en la batalla de los montes Transductinos/Guadalete.

De hecho, a la par que Rodrigo se proclamaba rey en Córdoba, un candidato alternativo, Agila II, se alzaba en el valle del Ebro y en Septimania, al parecer apoyado también por los vascones. Asimismo, puede que otros rivales de Rodrigo se apoderaran un tiempo del control de Toledo, todo ello sin contar con que pudo haber otras facciones en lucha. Así que el reino visigodo de Toledo no se hallaba en las mejores condiciones posibles para hacer frente a la invasión islámica y, una vez más, como ocurrió en la conquista de la Persia sasánida, o en la del Egipto bizantino, por citar solo dos casos, los musulmanes tuvieron el don de aprovechar las disputas internas y de «llegar» en el momento justo.

Y es que lo que tenemos en la Hispania de 711 es una situación caótica: un Reino de Toledo desangrado por guerras civiles abiertas en varios frentes, socavado por conjuras en torno a Rodrigo y con varios ejércitos musulmanes operando en la Bética. Tan es así que las fuentes apuntan a que Rodrigo había enviado ya contra los incursores al duque de la Bética y que este había sido derrotado y perseguido por Táriq hasta los arrabales de Córdoba. Si sopesamos que el duque de la Bética debía de contar con entre 2000 y 3000 hombres avezados a su servicio, y que, debido a la ley militar de Ervigio, pudo levantar un buen número de tropas de leva en su provincia, así como que las fuentes árabes más antiguas coinciden en que su derrota a manos musulmanas se debió a que se confió por superar a estas últimas en número, es probable que se tratara de un considerable ejército y que sus bajas fueran, asimismo, crecidas y que fuera tan sonada derrota la que terminara por obligar a Rodrigo a centrarse en los invasores y no en sus rivales por el control del Reino de Toledo.

Pero volvamos a la narración principal. Si seguimos la cronología de las fuentes árabes, Táriq ibn Ziyad había cruzado el estrecho de Gibraltar en abril de 711 con el apoyo de don Julián, para, a continuación, y durante tres meses, dedicarse a saquear la Bética. ¿De qué fuerza estamos hablando? Al-Hakam que, recordémoslo, escribió hacia 860 sobre la base de informes de principios del siglo IX, ofrece unas primeras y confusas

cifras en las que no queda claro, ni siquiera para él, pues muestra su desconfianza ante la información que transmite, cuántos eran y a qué grupo étnico pertenecían los guerreros alistados bajo las banderas de Táriq. Primero dice que, en principio, reunió 1700 guerreros y que luego subieron a 12 000, pero su texto es tan confuso que, según se lea, parece decirnos que esos 1700 iniciales eran árabes y el resto, hasta 12 000, bereberes, o bien, si se interpreta de otro modo, que esos 1700 eran también bereberes y que solo dieciséis eran árabes y que luego se incrementó la fuerza hasta 12 000 hombres, para añadir, a la postre, un desconfiado comentario en el que duda de que tan pocos árabes se embarcaran con Táriq.⁵³ Y tenía razón, puesto que otras fuentes árabes señalan que el número de árabes con los que terminó contando Táriq cuando se enfrentó a Rodrigo era de 2000,⁵⁴ o, incluso, de 3000,⁵⁵ a los que se sumarían 10 000 bereberes. En cualquier caso, la cifra inicial aportada por al-Hakam como la del primer contingente de Táriq, 1700 hombres, queda explicada si uno lee el testimonio del andalusí Ibn Abi Riqac, quien afirma que Táriq desembarcó primero con 1700 soldados a los que luego se irían sumando contingentes bereberes.⁵⁶ La conclusión parece inevitable: Táriq pasó el Estrecho en primer lugar con las tropas más veteranas: los *muqātila* árabes, egipcios y sirios que constituían el nervio de cualquier ejército omeya del momento,⁵⁷ y que sumarían 1700 efectivos, y más tarde, con la posición consolidada y con el puerto de Algeciras controlado por el aliado de Táriq, el conde don Julián,⁵⁸ desembarcarían los contingentes bereberes hasta completar una suma de 7000 guerreros.⁵⁹

La siguiente cifra que aportan las fuentes es la de los refuerzos enviados por Musa ibn Nusair, valí de Ifriqiya, esto es, de África, y, a la sazón, en Kairuán. El número es unánime y debería aceptarse, pues es mesurado y creíble: 5000 hombres.⁶⁰ Musa envió este refuerzo por mar desde Túnez, puerto y astillero puestos en servicio por Hassan ibn al-Nu'man al-Ghasani,⁶¹ predecesor en el cargo de Musa, quien, hacia el año 700, instaló en Túnez a un millar de artesanos y marineros coptos para armar una flota. Una tan poderosa que, dieciocho años después, en la primavera de 718, contaba con 360 naves de transporte que fueron enviadas a Constantinopla cargadas con refuerzos, víveres y suministros destinados a sostener el asedio árabe de la ciudad. Según el cronista bizantino Teófanos, algunas de esas naves tunecinas de transporte podían llevar hasta 100 guerreros, por lo que hubieran bastado 50 de las 360 naves de transporte con las que contaba la flota tunecina para hacer llegar al puerto de Algeciras a los 5000 hombres de refuerzo que Musa envió a Táriq en junio/julio de 711.⁶² Casi todas las fuentes coinciden en que, tras este refuerzo, Táriq sumó 12 000 efectivos, aunque algunas apuntan a que contaba con 13 000 o, incluso con 14 000, cifras que se explicarían muy bien, ya que la mayoría de las fuentes insiste en que el conde don Julián, aliado de Táriq, se sumó a él con tropas propias

y otros testimonios hablan también de «voluntarios» y hasta de guerreros o esclavos negros que Táriq llevó consigo para sembrar el terror entre las gentes de Hispania.⁶³ Grupos de combatientes todos ellos, reducidos, pero que se sumarían a la fuerza principal de 12 000 guerreros hasta elevarla más allá de los 13 000. Una cifra que los informes aportados por el *Dikr*, *Una descripción anónima de al-Andalus*, y por Ibn Jaldún y al-Maqqari, quienes citan obras del siglo X —como la de Ahmat al-Razi o Ibn Hayyan—, se dividiría en 3000 árabes y 10 000 bereberes o en 2000 árabes, 10 000 bereberes y 700 negros.⁶⁴

Por su parte, la única fuente contemporánea, la *mozárabe* de 754, constata esa composición mixta del ejército de Táriq: «Tras reunir un gran ejército contra los árabes y los moros enviados por Muza, esto es Tàric, Abuzara y otros»,⁶⁵ nos dice al respecto de Rodrigo y su gran ejército que tenían claro que no iban a combatir únicamente a los moros, sino también a los árabes, y si era así es porque estos últimos serían un contingente lo suficientemente numeroso e importante como para ser singularizado. En suma, me inclino a pensar que Táriq contó con entre 2000 y 3000 soldados árabes o arabizados, que constituirían lo mejor y más fuerte de sus tropas, a los que añadiría unos 10 000 bereberes que pelearían, sobre todo, como infantería ligera, así como que completaría sus filas con la tropa al servicio del conde don Julián que, casi con toda seguridad, estaría ante todo formada por afariqas/africanos cristianos de lengua latina e hispanogodos y con voluntarios y aventureros de muy diverso origen e, incluso y si damos crédito a las fuentes que así lo testimonian, con guerreros o esclavos negros. En suma, unos 13 000 guerreros que, como ya apunté más arriba, serían, en su práctica totalidad, infantes. Y es que las fuentes más fiables y seguras, y la lógica, insisten en que Táriq no contó con caballería digna de tal nombre. De hecho, insisten en que todos sus hombres eran infantes: «هیل! جرخف «بكار مهيف سيل مهلك فل اجر هباحص أو قراط».

Esto es: «Táriq y sus infantes atacaron, pues no había un solo jinete entre ellos», dice con rotundidad al-Hakam y su noticia es respaldada por otras fuentes.⁶⁶ Y debió de ser cierto, pues si embarcar un ejército con medios tan precarios como aquellos de los que dispuso Táriq era toda una hazaña, trasladar caballos en número suficiente era ya un imposible para sus capacidades logísticas. Solo tras su victoria, cuando tomaron como botín miles de monturas, contó Táriq con caballería, tan imprescindible para su empresa.

Pero prosigamos con el relato de los hechos. Tras su exitoso desembarco, que debido a lo crecido del número de sus tropas y a la escasez de barcos tuvo que completarse después de días de idas y venidas de la pequeña flota que don Julián puso a su servicio, Táriq se apoderó de Carteya e instaló una pequeña guarnición en Algeciras, en concreto en la isla que dominaba su puerto: Isla Verde. Asegurada así su base, esencial para recibir futuros refuerzos y para poder huir con prontitud si las cosas se torcían, cruzó los

montes Transductinos e inició una serie de devastadoras expediciones de saqueo que, como ya hemos visto, atrajeron de inmediato al duque de la Bética, al que Táriq derrotó y persiguió.

Rodrigo, alarmado por las noticias acerca de la derrota de su duque y por la destrucción de ciudades llevada a cabo por los invasores, dejó la campaña contra los aliados vascones de Agila II y cualquier pretensión de domeñar a este último y marchó a toda prisa a Córdoba en cabeza de su *exercitus*, al tiempo que convocaba el *hostis* o ejército de leva en dicha ciudad. Si la ley establecida por Ervigio se estaba aplicando, la que determinaba la obligación de todos los hombres libres situados en un radio de 100 millas a la redonda del lugar atacado por los enemigos del reino de acudir al lugar de reunión armados y con, al menos, la décima parte de sus siervos y esclavos preparados para el combate, en Córdoba debió de toparse con una notable fuerza, a la que sumaría su comitiva regia, no menos de 2000 hombres excelentemente armados y montados, así como la mayor parte de la hueste que había desplazado al norte para luchar contra Agila II y los vascones. Además, recordemos que Táriq ibn Ziyad había vencido ya a un contingente visigodo enviado contra él por Rodrigo y que sus restos se habían refugiado en Córdoba. Por tanto, el ejército, *exercitus* y *hostis*, reunido en Córdoba tenía que ser impresionante. ¿Cuántos? Las cifras aportadas por las fuentes árabes son disparatadas: 40 000 hombres es la más baja, 100 000 la más repetida y 600 000 la más desmesurada.⁶⁷

La historiografía, por su parte, ha optado por dispares soluciones que van desde un hipercriticismo rayano en el esperpento hasta aceptar, sin más, los números proporcionados por las fuentes árabes. Por ejemplo, Timothy Reuter estima el ejército hispanogodo en unos imprecisos y menguados «pocos miles»; García Fitz, igualmente vago e impreciso, en «unos pocos miles»; mientras que Halsall lo calcula en unos 10 000; Amancio Isla eleva la cifra a entre 12 000 y 14 000, cantidad que acepta Yeyo Balbás; Roger Collins la hace disminuir hasta unos incomprensibles menos de 2000; y García Moreno la eleva de nuevo hasta los 12 000; mientras que Sánchez Albornoz, siguiendo a Ibn Jaldún, la estimó en 40 000; y Muñoz Bolaños la hizo subir a 90 000;⁶⁸ En fin, Pedro Chalmeta, siempre sensato, colocó la cifra en unos racionales 24 000 a 30 000 hombres.⁶⁹ Una cifra que, por mi parte, acepto, basándome para ello en testimonios casi contemporáneos de los hechos. Y es que tan solo treinta y ocho años antes de que Rodrigo hiciera frente a Táriq tuvo lugar una gran campaña, la emprendida en 673 por el rey Wamba contra rebeldes apoyados por los francos, de la que tenemos un extenso y detallado informe: el de Julián, obispo de Toledo.⁷⁰

En 673 el rey Wamba se hallaba en campaña contra los vascones cuando le llegaron noticias de que había estallado una rebelión en la Narbonense, contra la cual destacó un contingente que, para su sorpresa, lejos de aplastar la sublevación, se sumó a ella y extendió el alzamiento a la Tarraconense. Pues bien, Wamba decidió no ir a Toledo en busca de refuerzos,

sino operar con lo que le quedaba, ello tras emprender una contundente campaña relámpago contra los vascones que fueron aplastados en siete días. Luego, dividiendo su ejército en «tres turmas» que abrían paso a una cuarta división superó y venció a los rebeldes de la Tarraconense, tras lo cual el ejército real, ahora con el envío por delante de cuatro turmas, cada una de ellas a las órdenes de un duque, traspasó los Pirineos y, en combinación con la flota que acometió operaciones anfibias exitosas, fue aplastando la rebelión en la Narbonense hasta rendir las principales ciudades de los rebeldes y batir a sus aliados francos y sajones. Durante estas operaciones no solo se desplegaron las cuatro turmas antes citadas, sino también un refuerzo de 10 000 hombres enviado en su auxilio. A todo ello se añadió la tropa que acompañaba al rey y las fuerzas que operaban desde la flota.⁷¹

Como vemos, el relato de la campaña nos proporciona una cifra, 10 000, a la que deberíamos sumar los hombres que servían en las cuatro turmas que se citan, amén de los de la hueste que acompañaba al rey y los que militaban en la flota. ¿De cuántos hombres constaba una turma? Algunos autores dicen que deberíamos tomar el término «turma» como una difusa y no concreta alusión a un grupo de caballería sin un número definido de jinetes, pero no lo creo así. Julián de Toledo podía haber usado otros muchos términos para hablar de grupos reducidos de jinetes, pero usa uno muy concreto en su época, «turma», a las que coloca bajo el mando de duques y no de cualesquiera otros mandos u oficiales. ¿Entonces? En tiempos de Julián y Wamba, en el ejército que había servido siempre de modelo a los godos, el romano, una turma estaba al mando de un turmarca o duque, precisamente el título que ostentaban los mandos que Julián nombra como jefes de las turmas de su relato, y estaba integrada por entre 2000 y 3000 hombres.⁷² Para mí no hay duda: las turmas del relato de Julián se corresponden con sus equivalentes bizantinas y, por ende, en las cuatro citadas por Julián, debieron de militar entre 8000 y 12 000 hombres, que han de sumarse a los 10 000 que el rey envió a reforzarlos y a los que se agregarían también los que operaron desde la flota y los que acompañaban y protegían al monarca. ¿Conclusión? En un momento crítico, la gran rebelión de 673, y sin tener que ir a Toledo en busca de más tropas, Wamba pudo disponer de entre un mínimo de 20 000 y un máximo de 25 000 efectivos.⁷³

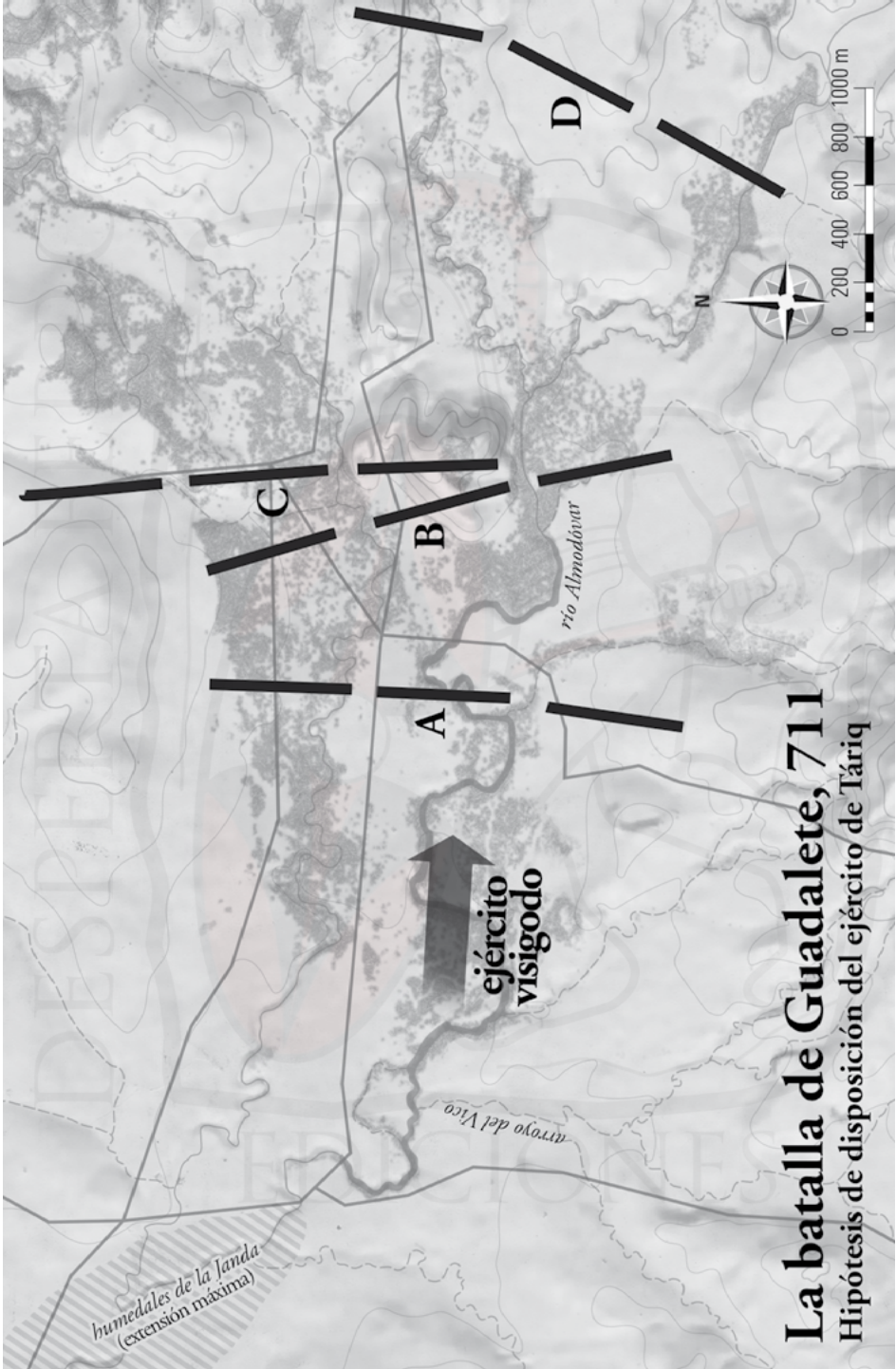
La situación de Rodrigo en 711 era muy parecida a la que había experimentado Wamba en 673: no controlaba la Tarraconense, ni la Narbonense, en posesión de Agila II, y se hallaba combatiendo a los vascones cuando le llegaron noticias del peligro en el sur. Además, Rodrigo, al contrario que Wamba, sí pudo reunir nuevos efectivos en Toledo y Córdoba antes de iniciar su campaña. Así, lo lógico sería concluir que Rodrigo pudo presentarse ante Táriq con más de 20 000 hombres bajo sus estandartes y puede que esa fuerza se aproximara a 24 000 o, incluso, a 25 000, pero no más. De esos 24 000 hombres, unos 8000 o 9000 serían jinetes bien armados y el resto una infantería muy mediocre y en su mayor parte armada con hondas, venablos y *scramas*.

¿Y la fuerza musulmana? Como ya hemos visto, en julio de 711 sumaría en torno a 13 000 efectivos de los que el 80 % serían bereberes. Las fuentes señalan a varias tribus de las antiguas Mauritania como las principales proveedoras de esos guerreros y, aunque algunos de esos soldados bereberes hubieran militado previamente en los contingentes bizantinos o llevaran un tiempo haciéndolo en los califales y, por ello, estuvieran dotados de un armamento y disciplina equivalentes a las tropas árabes, lo cierto es que el grueso de ellos sería hombres escasamente armados, peor adiestrados y extraordinariamente indisciplinados. La *Crónica mozárabe de 754* destaca el salvaje aspecto de los guerreros moros y el terror que podía despertar su bárbara apariencia: «Pero al saber esto, los moros bajan de las montañas para luchar, desnudos y ceñidos por unos colgantes que pendían delante de sus partes pudendas [...] Al mostrar los moros su negro rostro montados sobre preciosos caballos y rechinando sus blancos dientes, los caballos egipcios se encabritan». Lo que importa del texto anterior es el miedo que los moros despertaban incluso entre sus señores árabes; estos últimos los temían y los despreciaban. Los textos árabes, además, están llenos de narraciones que destacan el salvajismo y la necedad de los bereberes, caracterizando así una relación tan tirante entre árabes y bereberes que explica su deriva hacia no pocos enfrentamientos y en una hostilidad que ha llegado hasta nuestros días. Los bereberes iban armados en su mayor parte a la ligera: venablos, alguna lanza o espada y escudos de cuero endurecido. Eran guerreros duros y feroces, aunque dados al desánimo si la lucha se alargaba. Como demostraron las sublevaciones moras que estallaron en torno a 740, las tribus moras estaban poco o nada islamizadas y no aceptaban de buen grado el yugo del califato.

Los guerreros árabes de Táriq eran tropas veteranas y es posible que estuvieran constituidas por unidades de arqueros y lanceros. Táriq parece haber sido de origen persa, de Hamadán, dicen algunas fuentes, otras apuntan a un origen bereber, menos creíble en mi opinión, pues en este momento de la conquista islámica del Magreb y de al-Ándalus es inimaginable que un bereber estuviera al mando de tropas árabes, por escasas que estas fueran en relación con las bereberes.

Hemos entonces de imaginar al ejército de Táriq como una hueste dotada de un núcleo de buenas tropas, lanceros y arqueros, acompañado de una multitud de guerreros salvajes y poco disciplinados armados a la ligera. Eran hombres aptos para el saqueo y los golpes de mano, aunque menos adecuados para una batalla campal; aun así, eran muy capaces de enzarzarse en una dura refriega si las circunstancias eran las adecuadas. Y lo fueron.

La superioridad numérica de los godos y su numerosa y excelente caballería debería haberles dado una ventaja decisiva, pero no fue así porque el campo godo era de todo menos un ejército unido. En esto, tanto la *Crónica mozárabe de 754* como las fuentes árabes coinciden. De hecho, la conclusión es que la derrota que sobrevino tuvo una causa principal y decisiva: la traición de dos tercios del ejército godo.



Pocos pormenores de la batalla de los montes Transductinos o de Guadalete nos han llegado. Sabemos que el contingente godo formó en un frente de tres grandes divisiones o alas. El centro, donde formaba la comitiva real, lo mandaba Rodrigo y las alas derecha e izquierda, los hermanos o hermanastros del anterior rey, Witiza: Oppas y Siseberto; sabemos también que Táriq se hallaba apostado en el cerro de Torrejosa cuando vio aproximarse a la hueste goda avanzando por la calzada que venía de Medina Sidonia y sabemos que entonces ordenó a su infantería abandonar la fortísima posición que ocupaba en las alturas y desplegarse en el llano para ofrecer batalla. El espacio físico de la batalla estaría condicionado por el curso de un río al que las fuentes dan diversos nombres: Umm Hakim y Bekka, entre otros, y que, como ya vimos, hemos identificado con el actual Almodóvar. Por tanto, el campo de batalla quedaría configurado por el pronunciado cambio de pendiente entre el cerro de Torrejosa al este, la loma de la Zuya al norte, las llanuras aluviales del río Almodóvar y el entorno de la laguna de la Janda al oeste y al sur la falda norte de la sierra de Saladavieja/Saladaviciosa, con sus numerosas torrenteras que desembocan en el Almodóvar. De hecho, según creemos, el choque principal entre los dos ejércitos tendría lugar en el llamado cerro de la Alcachofa, donde, casi con toda probabilidad, se situó el centro de la línea desplegada por Táriq. Si tomamos dicho cerro como centro tendríamos unos 2,1 km a cada lado del mismo, hasta alcanzar las estribaciones de la loma de la Zuya y la falda norte de la sierra de Saladaviciosa, con algo más de 4 km en línea recta disponibles para el despliegue de las tropas que librarían la gran batalla.

¿Sobre qué espacio se dispondría el ejército visigodo? Puesto que Táriq ocupaba la altura dominante y controlaba el vado del río Almodóvar, a Rodrigo solo le quedó la opción de acomodar sus efectivos de espaldas a la laguna para ofrecer el frente al enemigo. Además, si nuestro cálculo es correcto y el ejército visigodo estaba compuesto por entre 20 000 y 24 000 hombres dispuestos en tres grandes haces, su línea de batalla superaría, en principio, a la del contingente de Táriq. De ahí el interés que este tendría que tener por apoyar sus alas y su retaguardia en accidentes del terreno que obligaran a los godos a estrechar su frente de carga. La existencia de tales accidentes en el terreno que hemos señalado –las alturas de la loma de la Zuya al norte y de Saladaviciosa al sur, que hacían muy difícil el flanqueo de las alas de la línea de batalla musulmana, y de Torrejosa guardando su retaguardia, así como el serio inconveniente que suponía el cauce del Almodóvar, cuyo vado, el de Pasada del Mojón, controlaban los musulmanes–, sin duda, tuvo que obligar a Rodrigo a renunciar a envolver las formaciones enemigas, a estrechar su frente y a optar por una carga frontal similar a la que había intentado, ciento cincuenta y nueve años antes, el rey ostrogodo Totila en Tagina contra Narsés.⁷⁴

Como puede advertirse, Rodrigo, confiado en el mayor número de sus fuerzas, había cometido el error de encajonar sus tropas entre el frente enemigo y la laguna y había aceptado librar batalla en un terreno que funcionaba



Figura 99: Fresco proveniente del palacio de Hirbat al-Majfar, erigido por el califa omeya Hisām (reg. 723-743). Representa a un arquero a pie que dispara una flecha al tiempo que se protege con un escudo redondo. El artista ha puesto buen cuidado en mostrar cómo la mano izquierda sujeta a un tiempo tanto el arco como el escudo, y resulta interesante el tipo de armadura empleada, que acusa una fuerte influencia bizantina. Rockefeller Museum, Jerusalén.

como un embudo que conduciría, inevitablemente, su carga hacia las formidables posiciones ocupadas por las fuerzas de Táriq. Además, si los guerreros de este último lograban rechazar la carga frontal visigoda, única maniobra posible que quedaba a disposición de Rodrigo y sus godos, estos últimos se podrían ver acorralados contra las marismas de la laguna de la Janda y contra y entre los cauces del Almodóvar y sus pequeños, pero quebrados, afluentes. Tan desfavorecedora posición táctica, ya lo he apuntado, únicamente se explica por un exceso de confianza que, como veremos, resultó catastrófica cuando se verificó la derrota y, con ella, aconteció una espantosa matanza.

No obstante, Rodrigo no tenía que tenerlas todas consigo porque, entre el 19 y el 26 de julio, permaneció sin aceptar la batalla que Táriq le ofrecía. Tal vacilación se explicaría muy bien por las dificultades que el campo de batalla y el despliegue del ejército invasor planteaban: Rodrigo sabía perfectamente lo arriesgado de ordenar una carga general en semejantes condiciones, pero, en última instancia, su vacilación se vino a sumar al resto de las desventajas tácticas que ya se acumulaba en su contra: Táriq había aprovechado su dilación para contactar con los hermanos de Witiza, Oppas y Siseberto, y ofrecerles un pacto a cambio de que, en el momento decisivo, abandonaran a Rodrigo. Ajeno a estas traicioneras

negociaciones que lo privarían de dos tercios de su fuerza, Rodrigo dejó pasar los días en combates parciales y duelos que no alteraron lo más mínimo la situación táctica.

El 26 de julio, tras fraccionar su hueste en tres grandes divisiones y ponerse él mismo al frente de la central, con Oppas y Siseberto en cabeza de las alas, el rey ordenó una carga general que, limitada por las alturas antes descritas, las cercanas marismas y por el cauce del Almodóvar, veía su frente de carga seriamente constreñido. Táriq, que desplegó su *jamis* aprovechando cada una de las posibilidades y fortalezas que le brindaba el terreno, lo esperó a pie firme enviando por delante de las tres divisiones de sus lanceros árabes a sus arqueros y honderos para que desgastaran la carga goda.

Así, Rodrigo tuvo que hacer frente primero al castigo de los arqueros y honderos árabes y bereberes desplegados como pantalla de tiradores delante de las formaciones de lanceros. Dichos arqueros y honderos formarían la *muqaddama* de Táriq y, detrás, estarían las tres divisiones principales del *jamis* ya citadas: *qalb*, el centro, sobre la altura de la Alcachofa; *maymana*, el ala derecha, apoyando su extremo en la loma de la Suya; y la *maysara* o ala izquierda, que extendía sus filas hasta las primeras alturas de Saladaviciosa. Tres formidables divisiones dispuestas en apretado orden cerrado, erizadas de lanzas y con tres filas de profundidad o *sufuf* y, tras ellas, la fuerza de reserva, *saqah*, que ocupaba las primeras pendientes de Torrejosa y bloqueaba la calzada que llevaba a Transducta/Algeciras, preservando así la ruta de retirada de Táriq si este se veía obligado a entregar la victoria a Rodrigo.

Pero no se la entregaría, puesto que, cuando los caballeros de Rodrigo, todos lanceros sin el apoyo de arqueros montados, fueron capaces de hacer retroceder con sus cargas —es probable que con un sangriento coste— a los arqueros y honderos de la *muqaddama* de Táriq se vieron frenados en seco por las lanzas de las tres divisiones enemigas formadas en orden cerrado y con sus flancos bien resguardados por las alturas de la Suya y de Saladaviciosa. Se desató entonces un combate feroz que llegó a ser desesperado para los hombres de Táriq cuando los infantes godos se sumaron a la embestida. Y es que, aunque mal armados, eran muchos. Sin embargo, en ese momento, cuando la batalla parecía inclinarse del lado de Rodrigo y los suyos, sus dos alas, la derecha y la izquierda, lo abandonaron. Fue el momento decisivo y, aunque algunas fuentes parecen apuntar a que las traidoras alas ni siquiera llegaron al choque con los musulmanes, sino que volvieron grupas aun antes de entablar batalla, el resultado fue el mismo: el fracaso de la carga y el derrumbe del plan de batalla diseñado por Rodrigo.

Superado ahora en número, Rodrigo siguió combatiendo. Sus hombres fueron envueltos por los flancos y el centro musulmán empezó entonces a avanzar, cerro de la Alcachofa abajo, empujando a los godos hacia la ratonera que formaban los cauces del Almodóvar y el actual arroyo del Bico

—¿el Bekka de las narraciones árabes?— hacia la desembocadura en las marismas de la laguna de la Janda. Allí, a base de lanzadas propinadas por las cerradas filas de los infantes omeyas, fueron quedando acorralados los godos. Tuvo que ser un momento espantoso, pleno de imágenes de confusión y matanza en las que se distinguiría un turbión de jinetes visigodos acosados por los disciplinados lanceros árabes y por los feroces y ligeros moros y en el que el terror y la rabia se ayuntarían en un horrísono revoltijo de barro, sangre y acero que colmaría de cadáveres de hombres y caballos las embarradas orillas del Almodóvar y las lodosas marismas de la Janda. Fue, en definitiva, una épica y desesperada encerrona en la que caballeros e infantes godos, los que no habían huido con los traidores, pelearían hasta la muerte, pues así lo indican las fuentes que hablan de un durísimo combate y de una matanza sobrecogedora. Por su parte, Rodrigo, desesperado, o bien cayó combatiendo o bien murió tratando de escapar. Las fuentes árabes disienten sobre si su cuerpo fue encontrado o no. Una de ellas señala que su cadáver fue hallado y que fue decapitado, enviándose su cabeza a Damasco. Otras, la mayoría, afirman que su cuerpo no fue nunca identificado y que lo único que los musulmanes encontraron tras tres días de matanza, fue su gran caballo de batalla, un espléndido ejemplar tordo, con sus preciosos arreos: una silla guarnecida de oro y cuajada de rubíes y esmeraldas, amén de una bota de Rodrigo medio hundida en el barro y adornada con perlas y rubíes.

El botín fue inmenso. Se hicieron miles de prisioneros y se reunieron cantidades increíbles de oro, joyas y riquísimas armas y vestiduras. Parece ser que Rodrigo llevó a la batalla incluso un trono portátil de oro y piedras preciosas, cubierto con un dosel de seda adornado con perlas, jacintos, esmeraldas y rubíes, y que llevaban sobre sus lomos dos mulas. Hasta la corona real parece haber caído en manos de los conquistadores.⁷⁵

A partir de ahí, Táriq se movió rápido. La fuente más segura afirma que retrocedió por la calzada hacia Algeciras y que luego a la altura del paraje hoy conocido como Fuerte de los castillejos, torció por la calzada que hemos denominado B34b hacia la llamada «Angostura de Algeciras»⁷⁶ para tomar el camino a Medina Sidonia y de aquí hacia Écija. Allí se habían reunido de nuevo tropas fieles al partido de Rodrigo. Táriq las enfrentó en la batalla con el apoyo de sus aliados hispanos y se produjo una dura batalla que casi llevó a la derrota a los musulmanes. Pero, una vez más, Táriq se impuso y, tras un asedio breve, cayó Écija. El camino a Córdoba estaba abierto y la ciudad capital de la Bética, tras un asedio, cayó en manos de los conquistadores. Estos no se detuvieron allí. Las fuentes señalan diversas alternativas: o bien Táriq avanzó de inmediato sobre Toledo y lo tomó sin esperar órdenes de su señor, Musa ibn Nusair, o bien esperó a que este llegara a la Península, antes de continuar adentrándose en el Reino de Toledo. En cualquier caso, entre 711 y 713, buena parte del Reino había sido conquistado.



Figura 100: Detalle del llamado *Fresco de los seis reyes*, pintado en época omeya y sito en el palacio de Qusayr Amra. En él, aparecen seis figuras que representan a los reyes derrotados por los ejércitos musulmanes, algunos de los cuales podemos identificar merced a las inscripciones que acompañan a las figuras. Así, la que se lee Qaysar ha de interpretarse como Caesar, el emperador bizantino. También aparece Rodorikos, el rey visigodo Rodrigo, derrotado en la batalla de Guadalete, y Kiswa, alusivo al monarca sasánida, asimismo derrotado por las tropas árabes. Por último, Najashi, que ha de ser el *negus* («rey») del reino de Aksum (Etiopía).

Fue dura la lucha y muy cruel. La *Crónica mozárabe* señala matanzas de nobles en Toledo y una masacre generalizada en Zaragoza con crucifixión de muchos hombres y asesinatos brutales de niños.⁷⁷ Terror y acuerdos. Ciudades como Elvira/Granada, según se ha podido establecer por el reciente hallazgo de precintos de la época usados para sellar las sacas o recipientes de los impuestos cobrados a las ciudades, fueron capaces de sostenerse ante los ataques de moros y árabes y lograr acuerdos ventajosos que respetaban su autonomía que, en la práctica y durante años, fue *de facto* casi una virtual independencia, previo pago de tributos y un juramento de fidelidad. Nobles como el célebre Teodomiro lograron a su vez hacerse con amplios señoríos cuasiindependientes a cambio de tributos y de reconocer la soberanía del califa. Otros no tuvieron tanto éxito y tras afrontar combates y asedios, fueron sometidos de un modo implacable.

En 713, Agila II, el rival de Rodrigo que se había proclamado rey en la Tarraconense y la Septimania, murió y su sucesor, Ardón, aunque siguió combatiendo en la Septimania, también cayó bajo los golpes del califato hacia 719 o 720. Carcasona y Nimes aguantaron hasta 725. Para esa fecha,

la práctica totalidad del antiguo Reino de Toledo estaba bajo dominio islámico y los ejércitos del califa ya se adentraban en el corazón de lo que luego sería Francia.

Pero aún había focos de dura resistencia. En las montañas asturianas, desde 718, un noble goda, Pelayo, estaba reuniendo belicosos montañeses astures y refugiados godos, y con el apoyo de los cántabros, pronto lograría desalojar a los musulmanes de las tierras situadas al norte de la Cordillera Cantábrica e infligirles una señalada derrota en 718 o 722 en Covadonga. Por esos mismos años, junio de 721, el príncipe independiente de Aquitania, Gascuña y Auvernia, Eudo el Grande, estaba plantando una durísima y exitosa resistencia a los ejércitos islámicos. Cuando el valí musulmán de España, al-Samh, estaba asediando Tolosa (Toulouse), Eudo cayó sobre él, derrotó cumplidamente a su gran ejército y le dio muerte.⁷⁸ Pero, aunque los aquitanos de Eudo y los astures de Pelayo estaban organizando una eficaz resistencia, no se bastaban por sí solos para detener la agresiva dinámica de conquista musulmana. Tendría que sumárseles otra fuerza: los francos de Carlos «el Martillo».

DESPERTA

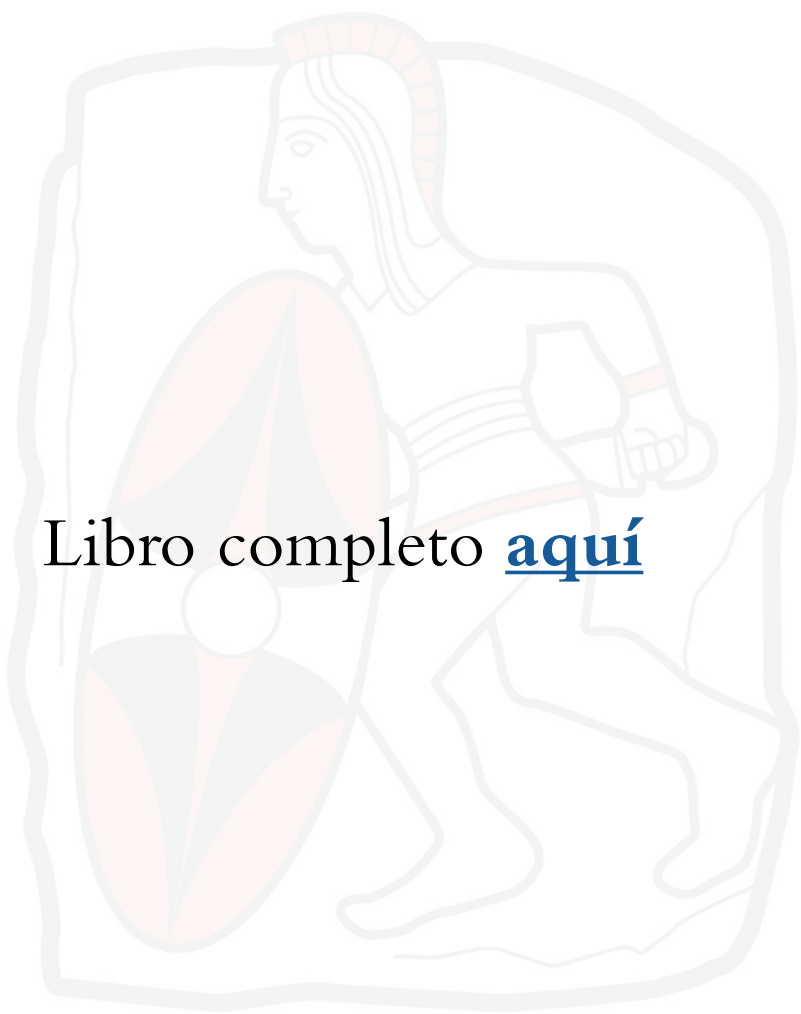


EDICIONES

DESPERTA FERRO

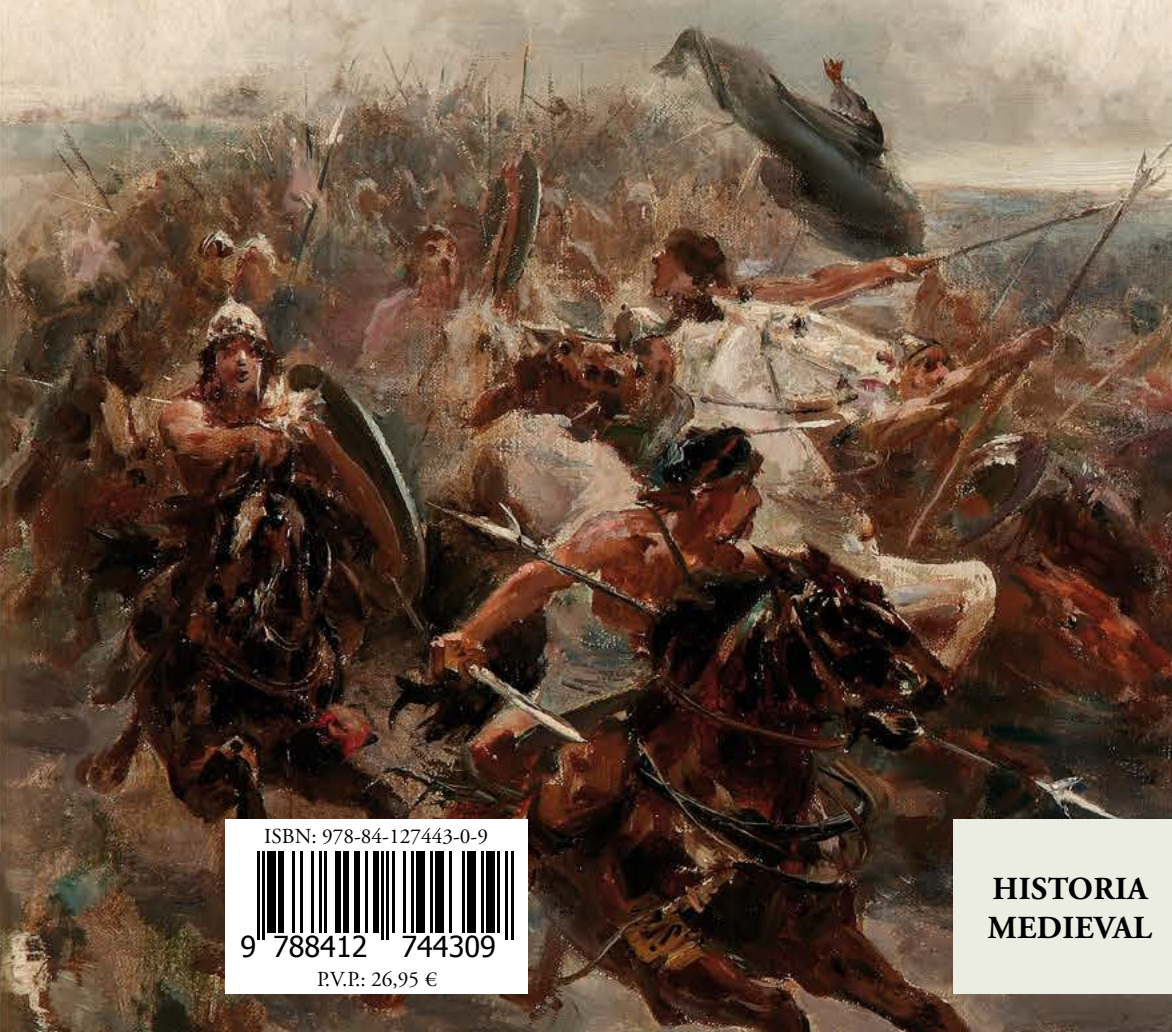
Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«Edad Oscura» es el nombre que, tradicionalmente, se ha dado al periodo comprendido entre las invasiones germánicas y la eclosión del Imperio carolingio, un tiempo que supuso la transformación definitiva del mundo antiguo y el alumbramiento del Medioevo. Los conflictos bélicos, ya fueran de carácter casi mundial porque enfrentaban a los grandes imperios, o de carácter local fueron continuos y feroces, desde Atila y sus hunos y la caída del Imperio romano de Occidente, al avance incontenible de la marea islámica, solo frenado *in extremis* por Bizancio y los francos.

A partir del análisis de ejércitos, estrategias y batallas, *Imperios y bárbaros* arroja luz sobre una época poco luminosa y poco iluminada por la investigación. Asistiremos a la caída de potencias como los sasánidas o Roma, a choques cruciales como Poitiers, al nacimiento y disolución de efímeros imperios de las estepas, al alumbramiento de leyendas como el rey Arturo, y al final del reino visigodo en Guadalete, una batalla que las últimas investigaciones de José Soto Chica han permitido, por fin, ubicar con precisión, tal y como recoge esta edición revisada.



ISBN: 978-84-127443-0-9



9 788412 744309

P.V.P.: 26,95 €

**HISTORIA
MEDIEVAL**